

por la fuerza brutal de sus instintos, por la inmediata presión ancestral de la animalidad de donde venía, no podía ser otra cosa que individualista y sensual.

Nerón constituye la representación más acabada de la concepción individualista, pagana y estética de la vida. Mientras la población romana se retuerce en medio de un incendio apocalíptico en la desesperación del dolor, del hambre y la miseria, él sube a una colina a contemplar el espectáculo y a cantar su belleza,

¡Oh noble afán de hacer de la vida tan solo una cosa bella!

Aquí se nos ocurre una pregunta: ¿Cómo formar una sociedad de personas movidas únicamente por un individualismo sensual y estético? ¿Cómo haríamos convivir en un conglomerado orgánico a personas que condenan nuestra civilización porque es ética (apenas en algunas de sus aspiraciones) y porque impone (a veces, muy contadas veces) la tristeza en la igualdad de la miseria y el dolor? Una sociedad de cristianos, de budistas, de idealistas se concibe. Practican, por lo menos en principio, el amor y el servicio de los demás. ¿Pero qué lazo de unión cabría entre aquellos individualistas? Nada más que su egoísmo y la concordancia en la busca del placer. Estas personas no pueden formar propiamente una sociedad orgánica, sino una agrupación gregaria mantenida por la fuerza. El señor Lugones es consecuente al auspiciar los regímenes de fuerza. Tienen que ser la consecuencia de su individualismo sensual y estético. Repite a [la vuelta de cerca de doscientos años el caso de Hobbes. Para este filósofo, maestro del placer y del egoísmo, el hombre era al frente del hombre un lobo, y naturalmente no encontraba otra forma de gobierno capaz de mantener el orden social que la monarquía absoluta.

No se trata de proscribir de nuestra república ideal a los poetas, como lo hiciera Platón, ni al arte ni a la belleza. Estamos muy lejos de tal atentado contra la cultura. El culto del arte y la belleza ennoblecen y deleitan la vida. Las actividades a que dan lugar son, en cuanto a la seriedad que reclaman, tan sustanciales para el hombre como cualquiera otra. Pero en todo arte que no va acompañado de cierta austeridad encontramos algo de falso, de *poseur* o de casual, y creemos que una sociedad que diere la primacía a los valores estéticos sobre los éticos iría tan errada como una familia que se preocupa ante todo de la figuración social y no de la sólida situación que sólo un trabajo regular procura.

Lo que dice y quiere decir el señor Lugones no es nada menos que la expresión de un estado de cosas ya viejo en la América Latina. No nos ha traído ninguna novedad, como él se imagina. ¿La hora de la espada? No ha hecho otra cosa que sonar en guerras entre estas repúblicas hermanas, en guerras civiles y en innumerables dictaduras que han asolado a los países tropicales de nuestro continente y aún a algunos que no lo son.

El señor Lugones construye sus más hermosas frases para designar al mandatario con que sueña. Parecen collares de perlas destinados a adornar el pecho del ungido. Pero no hay para qué proyectarlo en un presente inmediato o en días venideros. El pasado nos lo ofrece ya realizado. El señor Lugones tiene a la mano en nuestra historia un tesoro de casos donde elegir modelos para la concreción de sus doctrinas. No va a haber más que la dificultad de la elección. ¿A quién prefiere como símbolo de «victoria cualitativa de los mejores», como expresión «de gloriosa tiranía en el individuo considerablemente superior», como dechado del «poderío que la vida confiere misteriosamente al mejor»? ¿A don Gaspar Rodríguez de Francia, a los López, a García Moreno, a Guzmán Blanco, a Estrada Cabrera, a Cipriano Castro, a Manuel Monagas? ¿O tal vez a su compatriota don Juan Manuel de Rozas? ¿O qui-

záz la espada acompañada de espuelas de Juan Vicente Gómez? ¿O Leguía? Oh, sí, Leguía.

En cuanto al individualismo escéptico y sensual del señor Lugones, cubierto además, para cubrir su desnudez, con la túnica de seda del esteticismo, es un mal casi secular de los hispano-americanos.

Tal vez el señor Lugones no se ha dado cuenta de que era el portavoz de un estado de la raza y se ha creído un innovador solitario.

Desde que la religión católica perdió su poder sobre gran parte de las poblaciones hispano-americanas, éstas se han estado debatiendo, en el orden espiritual, en el caos del indeferentismo y del escepticismo individualista y sensual. De aquí uno de los grandes problemas de nuestra América Latina. No se puede pensar en la restauración de las religiones positivas que han hecho crisis y urge afirmar un mundo de valores espirituales capaces de encaminarlas sólidamente, y en especial a sus juventudes, a hacer bien su vida, a realizar el porvenir que vislumbramos. Algunos han encontrado su ánora de salvación en los dictados del civismo. Otros, los menos, alientan la fe de un idealismo creador y constructivo.

Conservemos en buena hora del paganismo la alegría de vivir que tal vez caldeará sus venas y que los norteamericanos, haciendo una afortunada síntesis, han sabido incorporar en la civilización cristiana. Pero el individualismo pagano, o sea, sensual y estético, bajo el pendón de una tiranía, que nos ofrece el señor Lugones, ha sido el morbo que ha estado corroyendo las entrañas de la América Española durante más de medio siglo.

No anuncia, pues, el señor Lugones una nueva civilización. Sus palabras son ecos del pasado; son las voces de una cultura en decadencia, casi en agonía.

El Mahabárata termina con que los héroes Pandavas salgan del infierno adonde habían ido a parar por sus violencias. Obedeciendo a los dioses, deben encarnarse en nuevos cuerpos mortales y volver a la tierra a enmendar rumbos, a luchar por la bondad, por la justicia, por la dulzura.

Esta es la ley suprema.

El egoísmo, el placer y la violencia suelen triunfar; pero sus triunfos son siempre efímeros y condenables. Y aunque todo sea transitorio en nuestro mundo, los valores espirituales forman, en medio del *fluir* de lo mudable, el verdadero tesoro cordial de la vida, con su suave sonrisa eterna.

Universidad de Concepción.  
Chile.

---

**Dr. ALEJANDRO MONTERO S.**

**MEDICO CIRUJANO**

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

---

**LA COLOMBIANA**

**Sastrería**

**Francisco Gómez Z.**

La mejor en su clase. Ultimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.